

bajos, que no la allanara con la confianza que se debe tener en la piedad divina, y oportunos socorros con que favorece á los que confían en ellos. «Yo de mí digo, escribía á una persona, que como el Señor me ponga en ocasión de hacer algo en su servicio, y con evidencia sea así, mas que haya picas y lanzas, Demonios y endemoniados, adelante, y caminar con Fe y Esperanza, pues llevo á la Caridad por compañera.»

Esta era la que le dictaba en encendidas aspiraciones el repetir muchas veces con San Buenaventura: ¡O esperanza del Cielo, que quanto esperas tanto alcanzas! Esperaba ver á Dios para amarle por toda la eternidad, y estos incendios que ardian en su pecho, se vertian en lágrimas por los ojos y en tiernos suspiros por los labios, no teniendo mas consuelo que la firme esperanza de gozarle, sin la zozobra ni peligro de perderle. Con este santo temor hacia tan alto aprecio de la divina gracia, que era implacable el horror que le tenia á la culpa, y andaba vigilantísimo en no cometer con advertencia ni la mas ligera; y si por fragilidad humana caía en alguna, aunque fuese leve, ocurría con la mayor brevedad al Sacramento de la Penitencia, y procuraba expiarla con amargas lágrimas, y satisfacerla con mortificaciones continuas, preservándose de sus miserias, con la total abnegacion de su propia voluntad, y reprimiendo todas sus acciones al obsequio de Dios, para que salieran perfectas, de suerte que aseguró su Confesor: «que andaba embebido en Dios y en la consideracion de sus infinitas perfecciones.» Y como no tenían otro empleo sus potencias y sentidos que el soberano objeto de su amor, reducía á este todas las opera-

ciones de su alma, y encendia en su fuego hasta las materiales de la vida, y así, eran sus mejillas unas ascuas que salian de su pecho como llamas, y al impulso de sus amorosas ansias, no se satisfacía su corazon con nada que no fuera padecer por su Amado, apeteciendo el mas cruel martirio; pero no siéndole este posible, le pedía instante que el amor fuera su verdugo, y de puro amor acabara su vida.

Amaba tiernísimamente la sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesuchristo, y considerando todas las obras que por el hombre hizo, no tenía otro desahogo ni alivio en sus continuos trabajos que hacerlos como si al mismo Señor sirviera en ellos: por eso quando iba á la Portería, decía: «Voy á abrir la puerta á Jesuchristo. Al repartir la limosna: voy á dar de comer á Jesuchristo.» Si servía á la mesa, si escribía alguna Carta ó hacia qualquiera cosa aunque fuera mínima, siempre la dirigía á Jesuchristo, como si con su Magestad la executara. Todo el consuelo en las penosas aflicciones con que el Demonio le perseguía, era postrarse á los pies de un Crucifijo, y con el rostro pegado á la tierra, perseverar constante hasta ir agotando en cada una de sus cinco Llagas todo su llanto, siendo esta devocion la que mas inflamaba su alma, reconociendo en aquellas cinco fuentes las inagotables del amor y misericordia con que su crucificado Dueño restauró los daños del pecado y redimió al Mundo.

Con este exemplar divino le daba toda la extension posible al amor de Dios en sus próximos, y á imitacion de Jesus, era el primer efecto de su caridad el beneficiarles en sus necesidades espirituales, tanto con

oraciones como con saludables consejos: no solo con palabras, sino tambien por escrito les proporcionaba estos socorros, segun las calidades y circunstancias de los Sugetos: á unos les ilustraba y movía para lavar sus almas en las aguas de una verdadera penitencia y Confesion bien hecha: á otros les daba alientos para la virtud, é importantes doctrinas para que su oracion fuera fructuosa: á otros les desengañaba de sus escrúpulos, para que caminaran seguros; y á todos daba importantes avisos en las cogoxas del espíritu, y les fervorizaba en el amor divino; y como su zelo se difundia en tantos que solicitaban consuelo, vino á ser comun y notorio, por lo que eran muchos los que procuraban tratarle, y siempre le hallaban en las suaves y eficaces razones, que con dulces palabras les disponía á la purificacion de sus conciencias y mejora de sus vidas, no siendo pocos los males de que libró á muchas almas, ni los pobres desvalidos que con el socorro de su hambre corporal recibieron los de sus trabajos, ó remediando sus vicios, ó haciéndolos pre-

ciosos con la paciencia y el mérito.

No se olvidaba el caritativo Limosnero del socorro con que fervoroso sufragaba á las Almas del Purgatorio, para cuyo alivio le ofrecia al Señor en satisfaccion de sus penas las comuniones quotidianas y todas las Misas que oía, las oraciones con que todos los días pedía por ellas, aplicándoles todas las Indulgencias que podia, y la satisfaccion que pudiera resultar de todos sus ejercicios espirituales. Estos mismos sufragios encargaba con eficacia á todas las personas de afuera y de adentro del Colegio, y así, era puntualísimo en rezar los oficios así generales como particulares por los Religiosos y Hermanos difuntos. De forma, que el solicitar el socorro de sus próximos, tanto en las obras de misericordia espirituales como en las corporales, era efecto del intensísimo amor de Dios que en su pecho ardía, pues era de una extension tan dilatada, que quisiera abrazar con él todo el Mundo, y que en todo él no se amara mas que á Dios solo.

CAPITULO XXVI.

Como exercitó Fr. Antonio las virtudes Cardinales.

FELIZ elevacion gozó su espíritu, remontándose de todo lo criado para gozar en Jesus la paz que simbolizaba en el Olimpo; pero como para llegar á la cumbre de ese santo monte, era preciso tomar unas sendas, que aunque llenas de tempestades, de vientos contrarios y agudas espinas, le condujeran con seguridad al logro y felicidad de ella, tomó las de los fundamentos cardina-

les, y virtudes que son principio de todas las morales.

La Prudencia fue en él tan rara, que mas parecia infusa en su alma, que no adquirida con el hábito que la practicaba. Con esta gobernó su vida, sin permitir á su juventud las licencias de libertina, aun en medio de las vanidades mundanas, y quando el desengaño de la fragilidad de la vida le hizo conocer falaces sus es-

peranzas é inconstantes sus felicidades, reflexando quan distantes andan del fin para que Dios la conceda, y ya se resolvió á abandonar al Mundo solo por servir á su Bondad infinita y obedecer sus Mandamientos, inquirió con grande desvelo y madura circunspeccion los medios mas proporcionados para conseguirlo, pesando las conveniencias ó desconveniencias, peligros ó seguridad de quantos pudo investigar su experiencia, hasta que llegó á juzgar, no sin evidente acierto, que solo podría lograr sus designios en el estado Religioso y en la austeridad del Instituto Apostólico.

Luego que eligió y tomó este camino, se aplicó á él con execucion é imperio tan constante, que ningún género de trabajos ni contradicciones del Infierno, habiendo sido tantas, tan crueles y violentas en el discurso de su vida, le hicieron retroceder de su santa resolucion, ni variar de otros medios que se le proponian mas fáciles y hacederos: constante en sus propósitos para correr con acierto tan esca-brosa senda, se valió de todas las partes de una perfecta prudencia. Bien desconfiado de sí mismo, conoció que debía ponerse en la direccion y obediencia de sus Padres espirituales y de sus Superiores, sin reservar libertad alguna para obrar por voluntad propia, sino que quanto hiciese fuera ordenado por la de ellos y moderado por sus consejos: con estos dictámenes formó los arduos propósitos que ya quedan insinuados, y que observó fiel toda su vida, haciéndoles patentes hasta sus mas íntimos sentimientos, en lo que firmemente creía consistia todo el acierto.

Afirmó en su memoria, como el texto de la Doctrina Christiana, el de la Regla Seráfica, y uno y otro fre-

qüentemente los rezaba, y aun el de la Regla por ser largo y de muchos Capítulos, lo tenia escrito de su letra, y lo llevaba siempre consigo: no olvidaba ninguna de las demas obligaciones religiosas, lo que obligado de la obediencia declaró, dando cuenta de sus ejercicios, y así decía: «Ello es todo tan poco y con tanta tibieza, que no son mas que ademanes: finalmente, por obedecer lo diré, aunque con vergüenza. Digo pues, que el principal ejercicio es la obligacion con el cargo de una santa Regla, con veinte y cinco preceptos (que aunque no todos me obligan, pero los mas) á culpa mortal: Constituciones de la Orden; Bulas de su Santidad, que todo se encamina á la mas pura observancia y guarnecer esta preciosa joya Seráfica. Quando uno y otro se lee, le oigo con temor: El Señor por su bondad permita no se empañe mi alma con la menor culpa: bien sé que de voluntad, primero la vida por la gran bondad de mi Dios. Para guarnecer esto (que siempre es bueno guarnecer ó adornar una cosa que se aprecia) uso el cilicio de cerdas Lunes, Miércoles y Viernes: quando hay necesidad, pido licencia para todos los dias, &c.» Aquí dá por escrito, como todo lo antecedente, la expresion de todas las mortificaciones que ya quedan en su propio Capitulo dichas, y todas fueron unas vallas de espinas con que su prudencia cerraba qualquier torcido camino ó violento portillo por donde las pasiones, incitadas del enemigo, pudieran extraviar su espíritu de la constancia y rectitud con que por la imitacion de Jesus aspiraba á llegar á la cumbre de su suspirado Olimpo y paz de Christo.

Para medir la eminencia de la

frenaba, fuese eminente la justicia y el mérito con que la vencía. Admiraba en la eminencia de su Olimpo, aquella rectitud y justicia que gozaba el Hombre en el feliz estado de su inocencia, en que la razon estaba perfectamente ajustada al precepto divino, y sujetos á ella todos los apetitos; y viendo la rebeldia con que estos se sublevaron por la culpa, estableciendo una ley contraria y repugnante á la del espíritu, se fatigaba en quanto le era posible, por restablecer entre los hombres aquella general Justicia, y para eso ordenaba al bien comun los actos de todas las virtudes: instaba en pedirsela á Dios con especiales oraciones, en merecerla con mortificaciones penosas, suplicándole todos los dias les diera eficaces auxilios para su conversion á los pecadores: interponia quantos medios alcanzaba para cortar ó transigir los litigios, las discordias y desavenencias que perturbaban la paz entre los Ciudadanos: era visto de todos como hombre experto en negocios y comercios, y al mismo tiempo como desengañado y virtuoso, y por eso lo consultaban muchos en sus intrincados laberintos y dependencias, estimando su dictamen como imparcial y desapasionado, y por eso no fueron pocos los que por su consejo salieron de ellas con felicidad, y sin daño de tercero, ni fueron menos los que por su zelo sacrificaron á la paz sus propios intereses: regia éste con indecible sobercia, y á su influxo mitigaba las pasiones y dissipaba los oscuros nublados en que el enemigo comun solia preparar turbulentas tempestades.

Así lo vió repetidas veces la Ciudad, desapareciendo los torbellinos de los escándalos que ponian horror aun á sus mismos autores, y se-

virtud, no se atiende á la minoridad de su materia, sino á la grandeza del ánimo que la executa; y como no hay pasion que no sea enemiga de la Justicia, quanto mas heroica es la mortificacion de esas pasiones, mas eminente será la justicia de la virtud con que se vencen. Muy leves suelen ser en sí mismos innumerables incidentes que se versan en el régimen de una Comunidad religiosa, y con todo, suelen producir enormes aprehensiones y sospechas, porque la pasion los mira como por unos prismas ó vidrios que representan los objetos de muchos colores, y así se imprimen en el ánimo con variedad de visos, que no pocas les dan cuerpo de delito á las sombras del engaño. Habia elevado Fr. Antonio su espíritu hasta la cumbre del Olimpo, y le sucedia en todo, lo que en la atmosfera, que quanto mas arriba, se respira el ayre mas puro; pero muchos que vivian por abaxo, arrojaban ménos limpios sus alientos: él estaba en el batidero de todas las ocurrencias del Colegio, y para todas daba cuenta al Prelado; y pareciéndoles á muchos que los órdenes de éste eran muy duros, recalcaban en el Portero todos sus sentimientos, mirados unos como nacidos de su influxo, otros de su omision y otros de particulares afectos; y siendo casi niñas estas aprehensiones, le causaban mortificaciones muy graves; y como en todas sus obras no miraba sino la mayor honra y gloria de Dios, sin atender á su amor propio ni á la aficion de las criaturas, era preciso que para esta universal justicia concurrieran la caridad, la humildad, la modestia, la paciencia y demas virtudes, que á compás y nivel de la voluntad divina, arreglaran la suya, y que por mínima que fuese la pasion que en sí re-

renando la paz los ánimos de todos. Así lo admiró el mismo Colegio, que combatido del Demonio lo quisiera destruir, arruinando la armonía y religiosa caridad, para no experimentar la guerra que le hace su Apostólico Instituto, sacando las almas de su tiranía, pues levantando varias inquietudes, luego quedaba burlada su malicia, y sin mas efecto que quedar en el ayre sus estruendos, pues aunque muchas veces dirigía á él sus rayos, pero daban en la blandura de su espíritu, humilde y verdadero imitador de Christo, y por eso incapaz de injuriar á ninguno, ni de que por sus palabras ú obras quedara el próximo ofendido. Así lo experimentaron en su Portería los pobres, pues con igualdad y justicia les hacia el repartimiento de la limosna, y con liberalidad generosa se quitaba el pan de la boca para darlo al que por su grave necesidad juzgaba que tenia á él mejor derecho.

Desde que Fr. Antonio le dió libelo de repudio al Mundo, se dedicó á los actos de Religión, que es entre todas las virtudes anexas á la Justicia la primera, y ya sacrificado en las aras de la vida religiosa, fue toda ella una continuación ordenada al culto debido á Dios, pues aplicó con constante firmeza toda su alma y sus operaciones al servicio y culto del Altísimo: por él daba obediencia á los Prelados, reverencia á los Sacerdotes, obsequio á los mayores, servicio á los iguales, y rendimiento á los mas abatidos pobres. En la distribución del tiempo, que segun ya se ha expresado observó inviolable, se veía la frecuencia de los santos Sacramentos, el continuo exercicio de la oración, contemplación, divinas alabanzas y devotos afectos, ya en el fervor con que oía

la santa Misa, ya en los actos de adoración externa y reverencia á Dios, á Jesuchristo, á Maria Santísima y otros Santos, siendo el único fin de sus devotos actos, tributarle al Señor culto, y cooperar á que otros se lo dieran: por eso se cargó del trabajo de velar y llamar á media noche á Maytines tantos años, y por eso lo hacia cantando en los dormitorios el Alabado, con tan fervoroso espíritu, que daba saltos de alegría delante de una imagen de Maria Santísima, en donde lo cantaba, y daba tres vueltas, y en cada una una genufleccion reverenciando á la Señora; y aunque le parecia que nadie podría verle, pero muchos observaron sus devotos excesos.

Parece que solo para tan prolixos afanes le dió el Señor un corazon magnánimo, dotado del don de Fortaleza, pues la hizo executoria en las arduas dificultades y temores que venció para elegir el estado Religioso, y aunque el Demonio procuró esforzar las persuasiones de muchos, prudentes en las máximas mundanas, corroborándolas con aparentes razones de mayores bienes espirituales y virtudes, para apartarle de su vocación; pero él mas discreto en las del Evangelio, conoció que debía renunciar todos los bienes falaces del Mundo, para alcanzar los verdaderos, que indicó claramente el divino Maestro. Ni este conocimiento le sirvió de poco para el de las persecuciones que se le prevenían, como á todos los que quieren vivir piadosamente con Christo; pero pesadas en las balanzas de una Astrea christiana, hasta en lo político las apreció por menos gravosas que las que á sus Servidores les causa el siglo. Con este justo discernimiento, desde el Noviciado comenzó animoso á sufrir graves quebrantos en la sa-

lud, desconuelos al ver vacilantes en su profesion á los Religiosos, y sobre otros muchos, sintió sobre sí la pesada mano del Demonio, como ya se dixo, y nada fue bastante para contrastar su fortaleza, y antes azoraba su animosidad el que aquella guerra sabia que habia de ser siempre cruel, y sin darle treguas todo el tiempo de su vida.

Fortaleza grande fue cesar esta á los propósitos que juzgó la habian de arreglar á la voluntad divina: tambien lo fue la inalterable tolerancia en sus penosas continuas ocupaciones el no inmutarse en la variedad de materias con que le fatigaba tanta diversidad de gentes y de asuntos, que unos solian producirle desprecios, otros agravios, y en ninguno se le vió respirar con alguna queixa, ni aun un leve suspiro; antes bien miraba con particular amor, y como á bienhechores suyos, á los que le perseguian, reprehendian ó acusaban: no fue menos la inviolable máxima de no hacer distincion de amigos ó enemigos: de parientes ó extraños: de nacionales ó paisanos, porque á todos los veía como á próximos, con igualdad de amor, imparcialidad y aprecio. Quantas personas lo trataron, siempre lo hallaban con prontitud resignada á quanto dispusiera la divina Providencia, y con serenidad de ánimo para aceptar y padecer todo lo que á otros les parecia intolerable de sufrir, lo que sube mas de lo creíble, viendo el aprecio que hacia de tener en que merecer, quando al mismo tiempo estaba en un perpetuo exercicio y batalla con los duros asaltos con que interiormente le fatigaban los enemigos de su alma, y esmeraba el Demonio sus astucias para alterar su constancia, valiéndose unas veces del terror, hasta

llevar sus amenazas á la execucion próxima de su muerte: otras de las li-sonjas y provocaciones impuras: otras sugiriendo arbitrios en las criaturas para que le mortificaran; pero en todas quedaba vencida su venenosa malicia, por la incontrastable Fe de su fortaleza.

Cooperaba con eficacia al exercicio de esta, la vigilancia con que se estrechó á observar á la letra la Regla Seráfica, no faltando con advertencia á los ápices de sus preceptos y consejos evangélicos, pues como en el Sermon de sus Honras publicó su Confesor: «Guardó la Regla de San Francisco á la letra, y esto con tal teson, que estaba determinado firmemente á perder la vida, si fuese necesario, antes que llegar á cometer el menor pecado mortal.» Por eso, entre los conflictos de su penosa enfermedad, quando mas de temores le representaba su imaginacion la série de su vida secular, repentinamente se llenó de extraordinario júbilo, y se le oyó decir: guardé mi Regla, guardé mi Regla, expresiones de poca admiracion á los que estaban presentes, pues sabian que siempre fue tan cauto en descubrir el secreto de su espíritu, que solo él y su Confesor lo entendian; pero en tan fatigoso lance, previno su fortaleza á las cautelas de su humildad, para dar un testimonio de su humilde vida, quando le instigaba el Demonio, como en la última hora, con ruines desconfianzas.

Para llegar á esa tranquilidad de espíritu, se desveló Fr. Antonio en adquirir la templanza con que refrenaba los apetitos, y moderaba los impetuosos movimientos de las pasiones interiores de la alma y los exteriores del cuerpo, y sin intermision trabajaba, mortificando sus sentidos,

debilitando sus inclinaciones y quebrantando su voluntad, de forma que quantos le trataban hacian concepto de que por naturaleza gozaba una complexion templada, un genio muy pacato, y un espíritu suave, quando en la realidad era muy contraria, pues su natural complexion era atrabiliaria, su genio ardiente y sus espíritus vigorosos; pero supo dominar qualquiera influxo de los Astros con la moderacion christiana que dicta la práctica de las virtudes, é interior y exteriormente las templaba con la humildad, modestia y corporal presencia, hasta lograr el peregrino grado de una proporcion tan congrua, que todas tuvieran como una mutua correspondencia.

Con esta mística armonía solo se puede formar una cabal idea de su religiosa templanza, pues si se emprendiera la individuacion de los actos de temperancia y moderacion de toda su conducta, sería necesario reproducir los sucesos de toda su vida, y recomendar de nuevo sus virtuosas acciones, pues las virtudes que tan zelosamente practicaba, son evidentes pruebas de una perfecta, religiosa y austera templanza, con cuya hermosa variedad y consonancia deseaba adornar su alma, anhelando á que todas

CAPÍTULO XXVII.

Tiernísima devocion que Fr. Antonio tuvo á Maria Santísima y á otros Santos, y como se preparó de antemano para su muerte.

Ninguno puede poner otro fundamento que el que ya está puesto, que es Jesuchristo: y sobre este divino Salvador puso Fr. Antonio el inmutable de la ardentísima devocion que le tributa-

las criaturas le comunicaran sus perfecciones para parecer agradable en la divina presencia; y encendido su pecho en estas fervorosas ansias, se lo pedia al Señor en una oracion que se halló de su letra, y decia: «Engendrad, Señor, en mi alma los ricos tesoros del oro y plata de la caridad, el bronce de la fortaleza, el plomo me haga insufrible á los malos y á los Demonios, Enjugad y secad las humedades de los apetitos: deshaced las tinieblas de los pecados, convirtiéndolos en agua de lágrimas y penitencia. Enciendase el fuego de vuestro divino amor en mi alma, con unos encarnados arboles de verguenza y temor de ofenderos, un blanco puro de castidad, un color verde de esperanza, un azul del zelo de vuestra honra, un pardo de humildad, un morado de penitencia, un amarillo de abstinencia, un carmesí de actos del martirio, por imitaros, un color dorado de verdad: tra caridad, que ilumine y hermosee todos los demas, Señor, confirmadme en vuestra gracia por vuestro amor, por vuestra Santísima Madre, por vuestros Angeles, Santos y Justos.»

ba á Maria Santísima, reconociendo desde niño la obligacion que todo el Género humano tiene de honrar á esa Virgen Madre, desde que recibió á Jesuchristo en su divina fecundidad, y que de sus benditas entrañas salió

con abundancia aquel espíritu de santo fervor, que inundó toda la tierra. Con la edad crecia tambien el conocimiento de sus grandes excelencias, y no ménos el ardor de sus íntimos afectos: estos se fomentaban en los que el amor de su Santísimo Hijo le hacia frequentar los Santos Sacramentos, y con fina voluntad executar los que le parecia poder ser del agrado de su divina Madre: con este fin se asentó de Cofrade del Escapulario del Carmen, y ayunaba los Miércoles y los Sábados, rezaba con fervor la Corona de siete Misterios, y con otros reverentes obsequios, aspiraba continuamente á ser su mas amartelado y fiel devoto.

Eran estas amorosas ansias nacidas de su alma, y por eso luego que se vió en el estado Religioso, se entregó totalmente á la proteccion y amparo de la divina Reyna, y la hizo medianera, para que todos sus pasos y espirituales ejercicios fueran aceptos á su soberano Hijo, eligiéndola y venerándola con los respetos de Señora, Madre y Maestra todo el tiempo de su vida. Como á su Señora se esmeraba en tributarle los mas reverentes obsequios de adoracion y culto, con el mismo espíritu que la Santa Iglesia celebra sus santos Misterios, en los dias que consagra á ellos, era grande el júbilo espiritual de su alma, y se preparaba para merecerlo con ayunos, mortificaciones y ejercicios muy devotos: Ayunaba la Quaresma de la Asuncion de nuestra Señora, y todo el año le rendia diariamente el homenaje del Oficio Parvo, la Corona de siete Misterios, y otras tiernas y devotísimas oraciones. Se hacia cargo de que como Siervo de la divina Señora le servia en la Portería, y así decia: «Cúpome en suerte ser Ca-

»marero de la gran Señora, y Casa Real: gracias á mi Dios, gloria á mi Dios: quiera su Magestad que yo sea fiel, que mis pasiones no hagan ruido en la Cámara Real de mi Reyna y Señora: no obstante, Portero de día y Camarero de noche, necesito de mucha limpieza, por lo inmediato á la que fue concebida sin mancha.»

Como á Madre la amaba con tal ternura y reverente afecto, que desde Novicio deseaba su corazón ofrecerse todo en su obsequio, y así le decia afectuoso: «¿Pues qué os he de dar Señora y mi Señora? Una pureza de vida y costumbres, cuyos efectos digan soy vuestro, y no mio, para que sea conocida esta verdad de todas las criaturas celestes y terrenas. Esto lo habeis de hacer Vos, gran Señora, porque ya es causa vuestra, y saben que soy Siervo y Esclavo de vuestra Imperial Casa, hasta los Demonios lo saben, sin esperanza de poderme ofender. ¡O dichosa suerte la mía! ¡O dichosa y muy dichosa mi suerte!» En vista de estos y otros sentimientos de su enamorado corazón, dixo el V. P. Margil: «Todo su hechizo era Maria SS. y la nube de donde le llovian todos los bienes.» En solo esta lacónica expresion de tan ilustrado Maestro de espíritu que tuvo en su direccion el de Fr. Antonio, se suponen los muchos favores que como nube sagrada llovía Maria Santísima sobre su alma, por lo que dexándolos su prudencia cifrados en la calificacion de bienes, y cautelando el individuarlos aun despues de muerto, basta para conceptuar que fueron muchísimos y quizás inefables; por lo que tambien será prudente la omision de algunos, que siendo solo intelectuales é imagina-

rios, aun para exponerlos á la fe puramente humana, requerian un sério y exácto exámen, que no pertenece á la historia, y mas estribando su verdad en operaciones ciertas y comprobadas. Fueron pues, muchos los bienes y favores que la maternal piedad de Maria Santísima le hizo á su alma, y para conceptuar que fueron como llovidos, basta saber que ella era el seguro asilo á que se refugiaba en todas sus tribulaciones, la benigna Estrella que influía serenidad en sus tormentas, el consuelo en sus aflicciones y tristezas, la defensa en las crueles batallas que tuvo con los Demonios, y que en todos los peligros, en las angustias, en los trabajos, en las dudas, y en todas sus cosas, siempre llamaba á Maria, y hallaba siempre pronto el efecto de su maternal amparo.

Como á Maestra, reverenciaba á la divina Señora, teniendo todos los días exercicio de leer con atencion profunda una Doctrina de las que le dió á la V. M. Agreda, y con ella no solo renovaba la memoria de los Misterios y de las obras que nuestro Redentor y su purísima Madre obraron en su vida, para franquearnos la eterna; sino que los pesaba y ponderaba como beneficios propios, y los agradecía, procurando imitar las virtudes que en cada Doctrina se contenian, y conservando todo el día en los ojos de su alma aquellos soberanos exemplares, para arreglar todas sus acciones, y moderar sus sentidos, y que los afectos de su corazon se encendieran mas en un amor humilde, tierno y constante: así lo deseaba, segun una Carta en que decía: «Viva Jesus y su Purísima Madre, y su divino amor viva» en nuestras almas con aquella abundancia y afectos semejantes á los de

«nuestra Reyna y Señora, noble, nobilísimo y Real amor, para amar» aquel fruto bendito de su Vientre, «como merece ser amado, y á la que» mereció esta dichosa suerte. Las «nuestras nos vienén por esta gran Señora, y de su Real tesoro nos ha de» enriquecer. Entre mis dichas es la «grande ser Portero de su Palacio:» yo no soy digno de ser Camarero, «por la falta de méritos; pero alegrá» se mi alma de los que gozan esta «dicha: soy el menor, el mas ínfimo,» por la cortedad de méritos, y así me «considero en la noble y Real Casa» de esta gran Señora, y por eso en la «puerta; pero en el amor no quiero» dar la primacia á ninguno de sus «amantes. Sábelo la misma Señora, y» por eso le pido me comunique su «mismo amor, y nunca cesaré de esta» «súplica.»

Bien se ve en ella, que Jesus fue el fundamento sobre que elevó Fr. Antonio la ardiente devocion que tenia á Maria Santísima, y así era necesario que sus amorosos sentimientos se extendieran á la veneracion de su Justo y digno Esposo Señor San Joseph, porque él fue el Querubín que destinó Dios para Guardar del Paraíso de sus delicias Maria, y del Arbol de la vida Jesus: queriendo con esta soberana providencia, que como en el Cielo hay una Trinidad de Personas en la naturaleza divina, Padre, Hijo y Espíritu Santo, hubiera tambien en la naturaleza humana otra adorable Trinidad en las Personas de Jesus, Maria y Joseph: y si á este fin exáltó á Joseph la soberana Sabiduría, y por eso lo elogia la Santa Iglesia en su ministerio, como á esperanza cierta de nuestra vida, y Ministro de nuestra salvacion; con la misma piadosa confianza lo reverenciaba Fr. Anto-

nio, consagrando en su culto los mas tiernos afectos en veneracion de sus siete dolores y gozos, los siete arduos propósitos que en su obsequio, y el de su divina Esposa, quedan ya expresados; y siendo el sentido del tacto el que percibe y distingue la aspereza ó suavidad, la dureza ó blandura de todas las cosas, por tener su principio en el cerebro, de donde se difunde por los nervios á todas las partes del cuerpo, se lo tenía ofrecido para que todas sus maniobras, trabajos, dolores y mortificaciones fuesen en memoria de las que hizo y padeció con tanto amor, y en servicio de Jesus y de Maria, y le servíaba con humilde rendimiento la representáse en la divina presencia, para alcanzarle del Señor una inmaculada pureza, y que en todo solo obrara lo mas acepto á su santo servicio, y voluntad santísima.

Constante en sus devociones y máximas sagradas, no desistió Fr. Antonio en ninguna de ellas hasta el fin de su vida, y siempre fue firme en la cordial que tuvo al Príncipe gloriosísimo y Arcángel San Miguel, como tambien á todos los Coros Angélicos, á su Padre Seráfico, á San Antonio de Padua, y á su familiarísimo exemplar San Diego, en el tenor y modo que ya queda expresado: y era la reverencia con que veneraba las virtudes de todos los Santos tan oficiosa, que consideradas en sus festividades, en los heroicos exemplos que la Santa Iglesia ha canonizado, para emular tan excelentes carismas, tenia formada una lista, que llenaba una plana entera, de todos los Santos Patriarcas de las Religiones, de muchos de sus Inclitos Hijos, y de Santos Mártires, Confesores y Vírgines, á quienes se encomendaba en sus particulares dias,

y daba á Dios rendidas gracias por haber manifestado en sus virtudes algunos rayos de su Santidad infinita, pidiéndole su divina gracia para poder imitarlas.

Casi veinte y un años llevaba Fr. Antonio de Colegio, y otros tantos de su afan continuo en penosos trabajos, ayunos, desvelos y ásperas mortificaciones, de lo que le resultaron dolorosos y repetidos estragos. Túrbese el color alegre de su semblante, y maltratadas todas las oficinas de la vida, el estómago, pecho y cabeza, se le recrecieron enfermedades incurables y prolixas, que debilitaron su robusta complexion, hasta hacerse emática, con una plétora espuria y redundancia de sangre, que no solo incomodaba las facultades de los vasos con la sangre mezclada de humores impuros, sino que le quitaba las fuerzas para todas las funciones naturales. Bien presintió en las molestias de sus enfermedades los llamamientos que le designaban estar su muerte cercana, y aunque esta no le podia ser muy horrorosa, pues todos los días se exercitaba en meditar sus agonias, y con especial y expresa aplicacion se disponia para ella con las preparaciones que practicaba la V. M. Agreda, le pidió al Prelado licencia para hacer unos Exercicios, diciéndole le convenia entrar en ellos, para disponerse para morir.

Ocurrió entónces el Sacratísimo día de Corpus, y obtenida la licencia para su Octava, se le relevó del cuidado de la Portería, y de todas otras ocupaciones, y del trato de las criaturas. Solo suplicó no se le privase de velar y despertar á la Comunidad á Maytines, como lo había hecho siempre, para no dar fin á este piadoso trabajo hasta los últimos alien-

tos. Era su retiro en una Tribuna que mira al Altar mayor de la Iglesia, en que está el Sagrario, y si uno de los mayores indicios de la devoción que tenia al Divinísimo Sacramento, era la fogosa inquietud con que les hurtaba á sus ocupaciones los instantes que podia, para correr á la Iglesia á adorarlo, y dexar allí ardiendo sus afectos, ¿quales serian los de su inflamado corazón en las muchas horas que en la Oitava se ponía patente? Gozaba de su divina presencia con la viva Fe con que adoraba la Magestad del amor en su trono, aunque disfrazada en el Sacramento. Allí se deshacía en lágrimas su alma, y en fervientes deseos de gozar de su vista en el Cielo, en donde es indisoluble el vínculo que lo habia de unir con su Amado, y mas sintiendo en ella una poderosa suavidad, ó inspiracion divina, que llamaba con alhago á la pureza de la vida, y lo hacia desear la última hora: con estas amorosas ansias esperaba vigilante de dia y de noche en la oracion, sin perder en ella las lágrimas de sus ojos, pues todas las cobraba su alma con mas graciosa y abundante lluvia, sin dar intermision á sus suspiros, aun en el tiempo que maceraba con mortificaciones y sangrientas disciplinas su debilitado cuerpo.

Con milagrosa providencia parece que solo pudo Fr. Antonio llenar los ocho dias de sus Exercicios, sin que cayese postrado en la cama, pues salió de ellos con tal quebranto de fuerzas, que siendo en la realidad una grave dolencia, la disimulaba como si fuera solo aparente, y receloso de su amor propio, disfrazaba en salud la humildad paliada de la paciencia; pero al tercero dia le asaltó tal indisposicion y escalofrio, que le temblaba todo

el cuerpo, y indicaba una fiebre maligna: era de noche y estaba previniendo las luces que habian de alumbrar en los Maytines; y aunque le persuadia un Religioso que se retirara á la Celda, todavia él sospechaba no fuera tan grave su dolencia, y avisado el Prelado, le mandó que se fuese á recoger, lo que hizo con el consuelo que tenia en la santa obediencia, pero persuadido segun se lo dixo á otro Religioso, de que aquel accidente le quitaria la vida: al siguiente dia fue necesario pasarlo á la Enfermeria, y luego que el Médico se impuso en la malicia y síntomas de la fiebre, declaró el inminente peligro, que exigia de pronto la administracion de los Santos Sacramentos.

Oyó el enfermo este fallo con tanto consuelo, como pudiera oír el de su total alivio, y al instante se dispuso para recibir los otros Santos Sacramentos, con el de la Penitencia, confesándose con el fervor, dolor y lágrimas que habitualmente lo hacia, quedando su alma con la Fe y Esperanza que en él tenia, con una suma paz interior, y serenidad de conciencia: esta se hizo visible, porque un Padre al verlo desahuciado, con el zelo inconsiderado de los que piensan que es necesaria la Confesion general de toda la vida en el artículo de la muerte, se llegó á la cabeera á persuadirle que la hiciera; pero con muy alegre modestia le respondió, que ya gracias á Dios estaba muy de antemano hecha, y en nada le remordia su conciencia. Al punto que se vió en la presencia de Jesuchristo Sacramento, superando su Fe y enardecido espíritu á la debilidad á que lo tenia reducido la llama y voracidad de la fiebre, se puso de rodillas sobre el mismo lecho; lo adoró, desahogando

el incendio de su abrasado pecho con ardientes afectos, y recibéndolo con dulcísimas lágrimas, que hicieron prorrumpir en devotas demostraciones á la Comunidad que estaba presente.

Recibidos los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía, lleno su corazón de consuelo y sus ojos de lágrimas, con humildes y breves palabras pidió á toda la Comunidad, y á cada uno de los Religiosos que le perdonaran los malos exemplos que por su fragilidad les hubiera dado, ó en lo que pudiera haberlos ofendido. Eran sus palabras dictadas de una fraternal y verdadera caridad, con que los habia amado con los mas íntimos sentimientos de su humildad y afecto: y así fueron escuchadas de todos sus Hermanos con ternura, teniendo todos formado el justo concepto que sus naturales prendas, y exemplares virtudes le habian merecido: y pidiendo tambien el Santo Sacramento de la Extrema Uncion, y un pobre hábito para la sepultura, se aumentaba en todos la congoja, y se les hacia mas dolorosa la muerte que veían tan proxima, y con ella cortada su amable y edificativa compañía.

Llegaron los dolores, fatigas y molestias de la enfermedad al grado de penosísimas y mortales; pero los toleraba con igualdad de ánimo, y conformidad christiana, que le causaba espiritual complacencia; y preguntándole como se sentia, respondia: **«Bien se trabaja, ni un ápice, ni un punto hay de descanso; pero lindamente, y con alegría, pues se hace**

«la voluntad de Dios.» No era ponderacion la angustia que lo atormentaba con el ardor de la fiebre, pues le hacia extender los brazos buscando algun refrigerio, y pensando que se quemaba la ropa que sobre sí tenia, y no cediendo á medicamento alguno su voráz llama, consultaron los Médicos si sería oportuno disminuir sus fuerzas por medio de la sangria: Uno la persuadia, pero otro la reprobaba, diciendo que sería solo para cortar mas pronto el hilo de la vida; y preguntándole á Fr. Antonio á qué dictamen se inclinaba? dixo que al último, no por otro respeto sino por el de ser Señor Sacerdote el Médico, demostrando en esto la gran veneracion que siempre tuvo á tan sagrado carácter.

No se sangró, pero él veía que por instantes crecía la fiebre y peligro de acabar la vida, por lo que no cesaba en su laboriosa tarea, usando á las luces de la Fe de los hábitos de las virtudes con admirable tranquilidad y atencion á lo divino: Su continuo ejercicio era hacer actos de Fe, de Esperanza y de amor de Dios, de contricion de sus culpas, y de fervorosas invocaciones y jaculatorias á María Santísima, descando trabajar por alcanzar del Señor misericordia, como si hasta allí nada hubiera hecho: y queriendo acabar la vida con la resignacion y conformidad con la voluntad divina, y con todas las disposiciones que por tan dilatados años habia premeditado en los ejercicios de la muerte.